

Fernando Vallejo. *El cuervo blanco*.  
Madrid: Alfaguara, 2012, 379 páginas

**Recibido: 23-07-2012 • Aceptado: 14-09-2012**

**Un sublime homenaje al príncipe de la filología española del siglo XIX**

Pedro Antonio López Sierra\*

Fernando Vallejo. Nombre vital en el conocimiento de la literatura colombiana e hispanoamericana. Autor que cuestiona en cada página a sus lectores. Responsable de una literatura comprometida en todo el sentido de la palabra. Vallejo, en su acostumbrado estilo provocador, heterodoxo, oscilando entre el registro oral y el escrito, incita a sus lectores a pensar y a salir de su marasmo. El autor de *El río del tiempo*, *El desbarrancadero* y *La virgen de los sicarios*, por mencionar algunas de sus narraciones representativas, ofrece a los lectores esta biografía de uno de los hombres más insignes de Colombia en el siglo XIX. La biografía, género discursivo en el cual es un maestro, recuérdese los excelentes trabajos sobre José Asunción Silva y Porfirio Barba Jacob, adquiere sentido y vigor en esta singular biografía del sabio bogotano.

“Cuervo vivió sesenta y siete años y fue complejísimo. Para reconstruir plenamente una vida así necesitaría yo, pongámosle mínimo unos quinientos años. Dios dirá.” Esta afirmación de Fernando Vallejo es una muestra de la desmesurada e inconcebible labor emprendida: dar cuenta de la vida de un prohombre como lo fue don Rufino José Cuervo Urisarri. Rastrear la vida y la obra de un ser humano tan complejo como lo fue el sabio bogotano, requiere de gran admiración, conocimiento, respeto y veneración por parte de quien escribe su historia; así como también de una valoración crítica de su tarea como gramático, filólogo, lexicógrafo y lingüista y, por supuesto como ser humano. Vallejo en trescientas setenta y nueve páginas regala a los lectores una reconstrucción de la obra de Cuervo a partir de su proteica correspondencia.

La figura de Cuervo es recreada a través de las cartas que escribió y que sus amigos o conocidos le escribieron. La misiva se convierte en el material de que dispone para hacer un posible retrato, de quien fuera considerado el príncipe de la filología española del siglo XIX. Vallejo lo logra con lujo de detalles. A través de las cartas enviadas y recibidas, se sabe que el filólogo bogotano, por ejemplo, tenía un conocimiento inmensamente superior en materia de la lengua materna al que tenían un Nebrija, un Salvá o un Andrés Bello. La pasión de Cuervo fue la lengua española y sus avatares en más de mil años de existencia.

Esta lengua española, considerada hoy como un adefesio anglicado, en palabras de Fernando Vallejo, fue la máxima preocupación y el objeto de los desvelos de don

\* Magíster en Literatura Hispanoamericana. Profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Libre, sede Bogotá. Correo institucional: pedroa.lopezs@unilibrebog.edu.co

Rufino José. Sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* y su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, por mencionar sólo dos de sus eximias investigaciones, se propusieron dar cuenta de un idioma que, como todas las lenguas del mundo, sufre los efectos de los cambios, inevitables en el destino de estos medios de comunicación. Con fino humor, ironía y gracia, Fernando Vallejo hace caer en cuenta de los aportes de Cuervo al conocimiento y buen uso del lenguaje castellano; pero, asimismo, con la mirada crítica del avezado conocedor de la lingüística, la gramática y la filología, señala, con argumentos de autoridad, los “quiebres” en estos dos monumentos de la filología hispánica.

Menudo trabajo el de este “hagiógrafo” como se denomina Vallejo en relación con la materia de su investigación: “vida, milagros, pecados y obras” de don Rufino José Cuervo Urisarri. Por las cartas no sólo nos enteramos de los avatares para la publicación y edición de sus obras cumbres, Fernando Vallejo acierta en la elaboración de una etopeya de don Rufino. Al leer con fruición estas bien logradas páginas, sentimos a Cuervo, como un hombre de carne y hueso, como diría el españolísimo don Miguel de Unamuno. Un hombre que con “intelecto de amor” se consagró a apresar en un libro el caudal de la lengua española: “su pasado, su presente y su futuro”. Su bonhomía, generosidad, espíritu religioso, su honestidad, su sentido de la autocrítica, su incansable lectura y relectura de las obras en las que se iba basando para construir sus reflexiones, lo hacen merecedor de la canonización que propone Vallejo. A san Rufino José Cuervo Urisarri, vale la pena rezarle todas las noches. Como buen hijo de sus obras, es inevitable pedir para él el máximo reconocimiento.

Vale la pena emprender la lectura de esta “hagiografía” que comienza con un paseo del autor por el campo santo del Père-Lachaise, en el que se encuentran depositados los restos de los hermanos Cuervo Urisarri: don Rufino José y don Ángel y se cierra con la figura de Fernando Vallejo “arrodillado ante la tumba de don Rufino José, cargando con Colombia y llorando por él”. Vale la pena, porque para los amantes de la lengua castellana, el texto que presenta el escritor antioqueño recoge, en su escritura, un gran conocimiento de la lengua española y de su diversidad de registros. Recorrer las páginas de este libro significa reencontrarse con el valor de la palabra en la construcción como seres humanos. Leer *El cuervo blanco* es sentirse impelido a volver sobre los trabajos de Cuervo y ponderar su valor desde los puntos de vista lingüístico, filológico, gramático y pragmático. Asomarse a estas páginas es vislumbrar que “aunque Cuervo no pasó por la universidad y se enseñó sólo, llegó a saber lo que nadie de este idioma”. Y este sólo hecho ya basta para canonizarlo y rendirle un homenaje a la lengua española.

En fin, *El cuervo blanco* es un texto que debería ser leído por estudiosos del lenguaje y por amantes de la lengua española. Filólogos, lingüistas, comunicadores sociales, periodistas, antropólogos, sociólogos, historiadores, filósofos, novelistas y profesores de castellano, entre otros, tienen esta tarea moral. Vale la pena leer otra historia:

la contrahistoria, la historia no oficial, esa verdadera historia: la de seres de carne y hueso, falibles y con debilidades. Vallejo invita a cuestionar las relaciones de poder que atraviesan los campos de la política y de la intelectualidad colombiana de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, a través de esta bien facturada biografía de un ser excepcional para Colombia, cuya obra es signo de que la labor de diez presidentes de la República no es comparable con la labor de un hombre que se atrevió a estudiar esta lengua que hablamos, callamos, vivimos, morimos, amamos, acariciamos, insultamos, bautizamos, bendecimos, maldecimos. El valor de Cuervo como ser humano y como investigador acucioso y riguroso no tiene parangón en la intelectualidad colombiana del siglo XIX.